

LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

Publicación digital N° 7 - octubre de 2017

**EDICIÓN
SOBRE EL
NAZISMO**

Nazis en Argentina

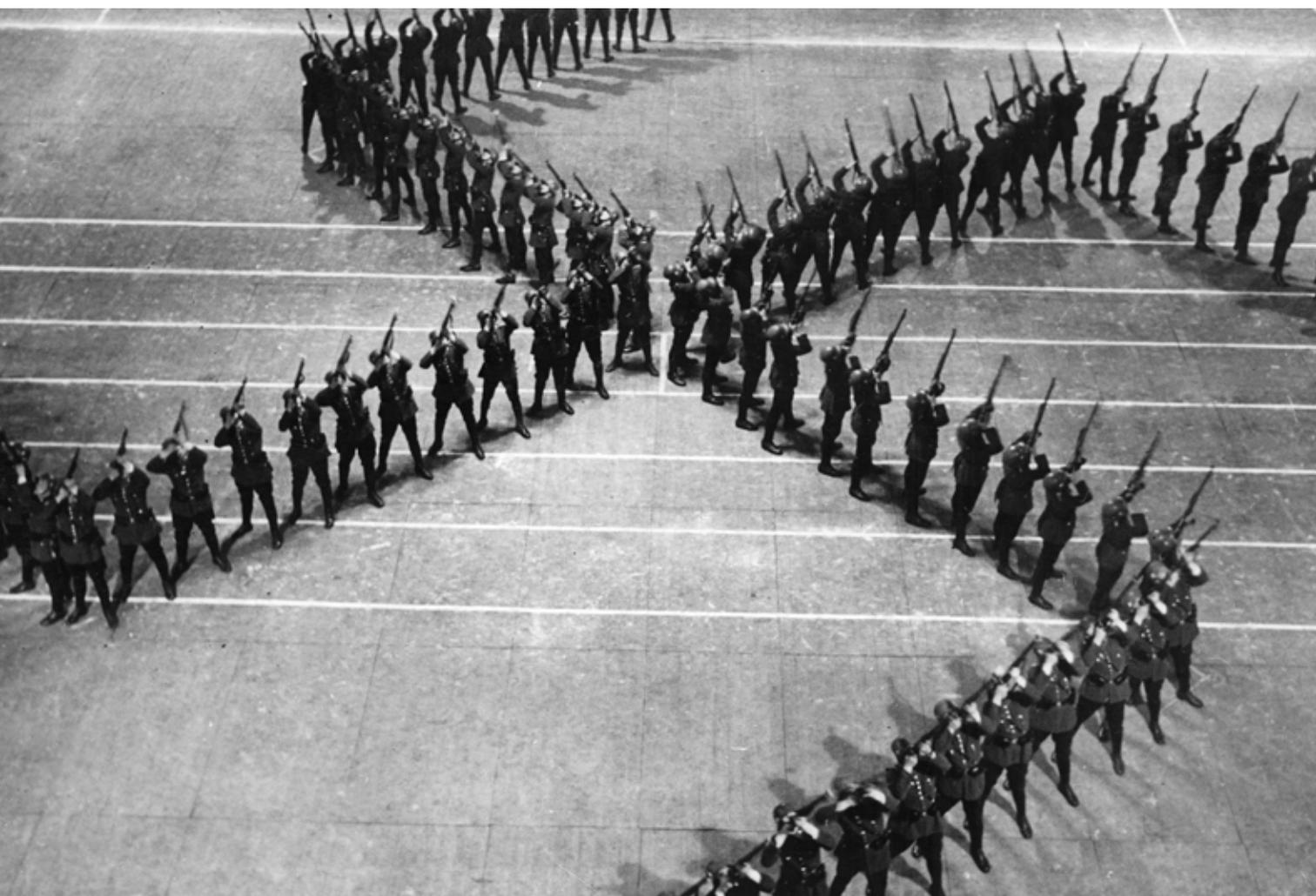
El equilibrista: Eduardo Labougle
embajador argentino en la Alemania nazi

El joven judío y el cura antisemita

Los conflictos obreros
en la prensa nacionalista

Una historia oculta sobre
el Graf Spee: Rudolf Hepe

Hallazgo arqueológico del Tercer Reich
en la provincia de Misiones



La policía de Berlín en el Sportpalast de esa ciudad forma una cruz esvástica en un festival gimnástico.
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 1660.

SUMARIO

Publicación digital N° 7: octubre de 2017



SINGULAR

(Por Julio B. Mutti)

El equilibrista: Eduardo Labougle, embajador argentino en la Alemania nazi

07



ALUSIVO

Nazis en Argentina
(Por María Teresa Fuster)

23

Conversos y fanáticos
(Por Omar López Mato)

39

El joven judío y el cura antisemita: La polémica entre Carlos Corach y el padre Julio Meinvielle
(Por Raanan Rein)

49

Los conflictos obreros en la prensa nacionalista: Itinerarios de un acercamiento ambiguo al mundo del trabajo
(Por Mariela Rubinzal)

61

El hombre que lo hizo posible: Rudolf Hepe
Una historia oculta sobre el Graf Spee
(Por Julio B. Mutti)

79

Papeles en la piedra: Imágenes del Tercer Reich en el registro material de un sitio arqueológico de la provincia de Misiones
(Por Daniel Schávelzon y Ana Igareta)

89



PASÓ EN EL ARCHIVO

Ana Frank: una historia vigente

99



POLICIALES

(Por Marcelo Daniel El Haibe)

Infracciones a la Ley 25.743 de Protección de Patrimonio y a la Ley 23.592 de Actos Discriminatorios

103

Los conflictos obreros en la prensa nacionalista: Itinerarios de un acercamiento ambiguo al mundo del trabajo (1935-1943)*

por Mariela Rubinzal**

Introducción

El nacionalismo argentino ha sido profusamente estudiado en sus distintos aspectos. Ha sido definido como un movimiento político y cultural que tiene sus orígenes en el contexto del Centenario (Barbero y Devoto, 1983) y, que evoluciona rápidamente después de la Primera Guerra Mundial (Rock, 1993). En esta primera etapa de su desarrollo, se han destacado los lazos con el conservadurismo, con quienes compartía no solo espacios de sociabilidad sino una determinada agenda de preocupaciones desde un registro decadentista (Devoto, 2002). Un trabajo pionero ha señalado las vinculaciones con el fascismo europeo (Navarro Gerassi, 1968), inaugurando una serie de investigaciones mucho más profundas sobre dichos vínculos. Algunos resaltaron las confluencias con las derechas autoritarias europeas, haciendo hincapié en los aspectos violentos y populistas (McGee Deutsch, 2005; Klein, 2001); realizando análisis comparativos con el peronismo (Buchrucker, 1987); y examinando la retórica revolucionaria de algunos de estos grupos (Spektorowski, 1990). La evolución del discurso antisemita, en una sociedad integrada por un alto porcentaje de inmigrantes y

construida sobre el principio liberal de la apertura y tolerancia, tuvo su correlato en una serie de prácticas violentas y la difusión de un antisemitismo cultural ampliamente recepcionado a través de diversos canales. (Lvovich, 2003). Los debates sobre la viabilidad de utilizar los términos originados en la historia europea de entreguerras para analizar los fenómenos latinoamericanos están lejos de desaparecer en el campo. (Devoto, 2007). Estos debates y los planteos de los historiadores mencionados no serán profundizados en este trabajo, sin embargo es necesario una definición, de la cual partir para situar a nuestro objeto de estudio. Entonces, más allá de las manifestaciones heterogéneas que mantuvieron al nacionalismo como un movimiento fraccionado, es posible definir un núcleo ideológico ampliamente compartido por los actores, autodenominados “nacionalistas”. En principio, hay que mencionar tres características importantes: el antiliberalismo, el antizquierdismo y el corporativismo. A estas se suman la reivindicación de pertenencia al catolicismo y el antisemitismo, dos rasgos que se presentan con distintas intensidades y radicalidad en los grupos nacionalistas de la época.

* Publicamos este artículo tal como fue publicado con anterioridad en *Papeles de trabajo*. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN: 1851-2577. Año 2, N° 3, Buenos Aires, junio de 2008.

** Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral, Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata e Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas Técnicas (CONICET). Ha sido docente en la Universidad Nacional de San Martín y, actualmente, es profesora en la cátedra Investigación Social I en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral. Entre sus publicaciones se encuentra el libro *Historia de la Escuela de Servicio Social de Santa Fe (1943-2013)*, Santa Fe, Ediciones Universidad Nacional del Litoral.

Otra característica es “la consideración de la nación como un bloque culturalmente monolítico, cuya preservación requería una sociedad jerárquicamente ordenada (Lvovich, 2006)”. La oposición al feminismo sería una consecuencia lógica de esta visión orgánica de la sociedad. Y por último, los define una visión decadentista y conspirativa de la historia y la política, que implicó un discurso político configurado bajo la forma de denuncia de un complot y la consecuente “cruzada” en defensa de la nación. (Lvovich, 2003, 2006).

En el transcurso de los años treinta el nacionalismo de derecha en la Argentina se reinventa a sí mismo en el sentido de pasar de ser un reducido núcleo de intelectuales agrupados en torno a publicaciones a un movimiento político numeroso y heterogéneo. Lejos de mantenerse inmunes a los conflictos sociales, algunos grupos nacionalistas toman posiciones favorables a ciertas reivindicaciones laborales como parte de una estrategia más amplia de captación de los sectores populares. A partir de la segunda mitad de la década, tenemos una serie de elementos en cierto sentido novedosos, teniendo en cuenta los rasgos primigenios de esta corriente política, a saber: el surgimiento de organizaciones obreras nacionalistas, las multitudinarias movilizaciones en el Día del Trabajador, la inclusión de militantes provenientes de los sectores populares en las filas del nacionalismo, y la voluntad de crear una *conciencia obrera nacionalista*. (Rubinzal, 2006). Este pasaje del elitismo al populismo exigía una transformación fundamental que implicaba replegar las acciones represivas ante el conflicto social, lo cual no significaba la anulación de la violencia como matriz de la política nacionalista. Esta estrategia

no era respaldada por todos los hombres que se unieron al proyecto del nacionalismo a fines de los años veinte, preocupados por la *decadencia* que, según ellos, amenazaba al país; por el contrario, muchos permanecieron expectantes y pasivos a este giro, manteniendo posiciones más tradicionalistas y fundamentalmente elitistas.

El crecimiento de la influencia comunista en el movimiento obrero es un hecho fundamental para comprender las motivaciones de esta estrategia desplegada por un movimiento fundamentalmente antizquierdista. En efecto, los avances del nacionalismo en el mundo del trabajo tienen como objetivo disputarle a la izquierda su lugar predominante y fortalecer el movimiento ensanchando sus bases. En este camino, nacionalismo y catolicismo social se encontrarán en numerosas ocasiones compartiendo premisas y principios además de algunos espacios en la esfera pública. El rol de los periódicos fue crucial en la medida en que eran el vehículo más adecuado –además de los panfletos en las fábricas, las movilizaciones y las conferencias en los barrios populares– para llegar a los sectores populares. En este trabajo me dedicaré a analizar la retórica pro-obrera del nacionalismo de derecha a través de dos de sus publicaciones periódicas: *Crisol* y *Bandera Argentina*.

Uno de los problemas fundamentales reside en analizar cuáles son las posturas de los *periódicos nacionalistas obreristas* –para distinguirlos de los periódicos nacionalistas elitistas o más tradicionalistas–, en relación a los conflictos obreros. Los conflictos que se tomarán como referencia son los urbanos, particularmente los desarrollados en la Ciudad de Buenos Aires. Otras problemáticas a las cuales intentaremos aproximarnos son: ¿Cómo eran las secciones dedicadas a la cuestión obrera?, ¿quiénes las escribían?, ¿cuáles eran sus lineamientos?, ¿cómo intervenían en los conflictos?, ¿qué recepción tenían estos temas?, ¿qué lugar ocupaban en los periódicos?



Desfile de la Legión Cívica Argentina por la avenida Callao, en septiembre de 1933.
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 166782.

La prensa nacionalista

Según la indagación de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, existía en Buenos Aires una serie de periódicos nacionalistas: *El Pampero* (75.000 ejemplares); *El Fortín* (5.000); *La Voz del Plata* (3.000); *Choque* (5.000); *La Maroma* (2.000); *Cabildo* (4.000); *Liberación* (2.000); *Crisol* (4.000) y *Bandera Argentina* (7.000). (Gerassi, 1968:155) Si bien el más numeroso es *El Pampero*, este no aparece hasta 1939, por lo tanto este trabajo se concentra en los dos periódicos de mayor difusión de la época, teniendo en cuenta que “los redactores de *Crisol* afirmaban contar con una tirada de 22.500 ejemplares, de los cuales casi 16.000 se reservaban a los suscriptores, para sostener poco después que la Legión Cívica Argentina compraba 10.000 ejemplares de *Crisol* por mes para distribuir en el interior

del país (Lvovich, 2003:300)”. *Crisol* (1932-1944) y *El Pampero* (1939-1944) fueron dirigidos por Enrique P. Osés, quien intentó liderar la unificación de los grupos nacionalistas. Osés contaba con experiencia editorial previa, antes de hacerse cargo de *Crisol* dirigió la revista *Criterio* desde donde los nacionalistas, sumados al proyecto católico, pretendían ensanchar el número de receptores y eventualmente sumar adeptos para el movimiento en conformación. Los dos proyectos editoriales tuvieron a Atilio Dell’Oro Maini como protagonista y es probable que este haya sido el impulsor de Osés. Era un ferviente antisemita que recibía financiación del régimen nacional-socialista (Lvovich, 2003: 301) y un activo representante de la *tendencia obrerista* del nacionalismo de los años treinta.



Juan Emiliano Carulla, representante del nacionalismo argentino, hace uso de la palabra en una asamblea en el cine Select. Paraná, Entre Ríos, 1936.
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 26329.

El periódico *Bandera Argentina* (1932-1940) fue creado por Juan Emiliano Carulla (1889-1968), un médico entrerriano anarquista en su juventud que colaboró escribiendo para algunos periódicos de izquierda. El pasaje de la cultura de izquierda al nacionalismo de derecha –que transitaron también otros miembros de su generación– tuvo su punto de partida, en el caso de Carulla, en el escenario parisino de la Primera Guerra Mundial. Enrolado en el ejército francés alternó con miembros de la Acción Francesa y leyó a Maurras. A su regreso creó el primer periódico nacionalista, *La Voz Nacional*, de escaso éxito (Devoto, 2002). Luego participó en la fundación de *La Nueva República*, que tuvo una importante participación en la generación de un violento malestar político que culminaría en golpe del 6 de setiembre de 1930. A mediados de 1932, Carulla fundó

un diario que –según sus propias memorias– pretendía continuar con los principios del golpe de setiembre y que estaba claramente a favor del modelo del régimen mussoliniano. Sin embargo, la trayectoria del periódico se desvía de las posiciones más radicalizadas hacia alineaciones aliadófilas durante la Segunda Guerra Mundial y, en lo interno, avanza hacia posturas conservadoras y antiperonistas (Devoto, 2002: 169). En cuanto a sus posiciones respecto al mundo del trabajo, el periódico dirigido por Carulla basculaba entre posiciones totalitarias –por ejemplo, resaltando los logros del nazismo y del fascismo italiano– y conservadoras, lo cual le otorgaba un discurso menos coherente que el de *Crisol*. Sin embargo en algo se emparentaban: “Los dos principales periódicos nacionalistas compartían la crítica al aislamiento nacionalista y defendían la necesidad de incorporar amplias masas del pueblo a sus filas (Lvovich, 2003: 304)”.

La ambigüedad de *Bandera Argentina* obligaba a reiteradas aclaraciones en sus notas sobre conflictos gremiales: decían no ser antiobreristas, ya que el nacionalismo en ningún caso puede oponerse a las legítimas reivindicaciones de los trabajadores; la prueba de esta declaración de principios estaba en el ejemplo de Alemania e Italia, donde los obreros habían alcanzado ventajas sociales y económicas que no había en países democráticos. (*Bandera Argentina*, 1936: 24-09: 01). Así intentaban re-situarse en el escenario político a través de explicaciones necesarias, ya que habitualmente la gente creía que los movimientos nacionalistas “son por naturaleza reacciones capitalistas de carácter antiobrero, antipopular y antidemocrático”. La retórica radicalizada se expresaba en la oposición a las formas burguesas y liberales de la economía, a la vez que se diferenciaban del izquierdismo: “Nuestro obrerismo no es utópico ni criminal, como el marxista (*Bandera Argentina*, 1937: 01-07: 02)”.

Estas publicaciones informaban diariamente sobre las huelgas y otros hechos relacionados con el mundo del trabajo, además de difundir muchos artículos de opinión y editoriales sobre esta temática. La cuestión social, entendida en sentido amplio, refiere a las consecuencias de la modernización e industrialización crecientes (Suriano, 2000), y era copiosamente desarrollada en las páginas de los periódicos: el encarecimiento de la vida, la salud pública, la conformación de cámaras gremiales, la explotación laboral de los niños, la desocupación, la necesidad de desarrollar planes para edificar viviendas obreras, el salario familiar, los accidentes de trabajo, el descanso dominical, el trabajo femenino, entre otros, eran algunos de los tópicos que más recurrentemente se presentaban. Dentro de este conglomerado de temas, muchos relacionados entre sí,

trataremos de aislar solo los conflictos laborales que se expresaron en medidas de protestas, como las huelgas. En 1940 aparecerá regularmente, en *Crisol*, una sección sobre la *cuestión obrera* que se mantendrá hasta mediados de 1942, cuando se produce una reestructuración del periódico (cambia de formato, se duplica el número de páginas y aparecen con regularidad noticias del ámbito deportivo y del cultural). La iconografía que acompañaba la columna *El sindicalismo argentino y el movimiento nacionalista* en *Crisol* remitía a las imágenes del socialismo: un trabajador fuerte y sobredimensionado respecto al complejo industrial que se encuentra a sus pies avanza con el torso desnudo y un martillo en su mano. Eric Hobsbawm analiza la masculinización de la iconografía socialista señalando que “la imagen que con más y más frecuencia simboliza a la clase obrera es el equivalente exacto de la Libertad de Delacroix, o sea, un joven con el torso desnudo: la figura poderosa de un trabajador que blande un martillo o un pico y va desnudo de cintura para arriba (Hobsbawm, 1987: 126-127)”. En la iconografía, como en otros aspectos, el nacionalismo de derecha tomará elementos de la cultura de izquierda resignificándolos, con el objetivo de otorgar un carácter revolucionario a sus propuestas para seducir a las masas trabajadoras.

El autor de esta columna gremial, Benito Andrade Agulleiro, se desempeñaba como periodista y decía ser obrero, sus tareas excedían las actividades asociadas al periodismo gráfico. De hecho, participaba como orador en actos sindicales –por ejemplo, en un acto que organizó la entidad nacionalista Ferroviarios Argentinos en el marco de su campaña de nacionalización de los ferrocarriles (*Crisol*, 1940: 15-10: 04)–; se presentaba en las fábricas y se reunía con obreros en huelga.

Anteriormente escribía en *Crisol* un obrero llamado Fermín Mares, que también acompañaba sus tareas en el periodismo gráfico con la militancia política; por ejemplo, en 1938 disertó junto a Gabriel Gálvez sobre la lucha de clases y el contrato colectivo de trabajo, en el ateneo doctrinario organizado por Restauración. Benito Andrade Agulleiro era una figura muy activa del *nacionalismo obrerista*. No se trataba, simplemente, de un “observador” de la situación obrera; por el contrario, se manejaba cómodamente en los escenarios de conflictos laborales y tenía una relación estrecha con los obreros. En el diario *Crisol* pueden verse fotos del periodista en las fábricas y leerse las cartas que sus lectores le enviaban. Igualmente, en *Bandera Argentina* se encontrarán artículos escritos por Roberto Rolón, presidente de la Unión Sindicalista Argentina, una entidad nacionalista creada en 1937 que tuvo una existencia efímera y agrupaba a corredores de comercio. El trabajo periodístico se encontraba íntimamente asociado al *nacionalismo obrerista*, en el sentido de ser el vehículo a través del cual se podían incorporar nuevos adherentes de los sectores populares.

En 1943, Andrade Agulleiro escribe un libro editado por la editorial La Mazorca, dirigida por el conocido antisemita Bruno Jacovella. La publicación se tituló *Técnica de infiltración comunista* y fue el tercer texto de la Colección Anticomunista impulsada por Jacovella.¹ En el prólogo se destaca el ejemplo de Agulleiro, quien a partir de la lectura de *Crisol* cambió su adhesión a las corrientes revolucionarias redimiéndose a través de su total compromiso con la causa nacionalista:

Benito Agulleiro abjuró de la religión del marxismo-leninismo hace

poco menos de diez años, al descubrir las falacias que constituían sus más sagrados dogmas; y el mismo impulso de redención social que suele haber en muchos comunistas, iluminado esta vez por los sentimientos patrióticos y religiosos que encendían las páginas del diario *Crisol*, uno de cuyos ejemplares llegó un día fortuitamente a sus manos, lo impelió de golpe a formar en las filas del movimiento de redención nacional que entonces se estaba gestando en torno de aquél, después del magno y aleccionador descalabro de la Revolución de Septiembre (Agulleiro, 1943: 07).

La trayectoria de este obrero comunista devenido en columnista de uno de los periódicos más importantes y radicalizados del nacionalismo se expande a los organismos oficiales del régimen dictatorial. En agosto de 1943, después del golpe del GOU, Benito Agulleiro será el secretario de la intervención oficial de las dos entidades sindicales ferroviarias cuyo interventor fue el mayor Raúl Pujol (Di Tella, 2003: 207). Por tanto, es plausible suponer que esta tendencia del nacionalismo contaba con simpatizantes dentro de las filas del Ejército.



Benito Agulleiro, director general de delegaciones, en un banquete ofrecido en honor al secretario de Trabajo y Previsión, José María Freire, 1947. *Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 182679.*



Obreros de la construcción, 1940.
Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Alerta. Inventario 331357.



Obreros de la FONC (Federación Obrera Nacional de la Construcción).
Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Alerta. Inventario 327454.



Sindicato de la Construcción, 1940.
Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Alerta. Inventario 331389.



Sindicato de la Construcción, 1941.
Departamento Documentos Fotográficos. Fondo Alerta. Inventario 331375.

Los conflictos en el mundo del trabajo, en la mirada del nacionalismo

En el período recortado se sucedieron huelgas y medidas de protestas en distintos sectores de la industria, el comercio y el sector servicios. El trasfondo ideológico desde el cual se interpretaban estos conflictos muchas veces hacía difícil expresar una clara adhesión hacia los sectores en lucha, de manera que obligaba a los periodistas nacionalistas a efectuar distintos argumentos para separar las “justas demandas” de la “gimnasia revolucionaria”. Trataremos solo, por razones de espacio, dos conflictos del período con el objetivo de organizar los argumentos nacionalistas pro-obreros: a) el conflicto en el sector de la construcción será proyectado por la prensa nacionalista en función de expresar el antizquierdismo propio de esta corriente y alertar sobre el predominio del comunismo en la organización gremial, desplegando el mito del complot; y, b) los conflictos en la industria textil serán fuertemente signados por los motivos antisemitas del discurso nacionalista. No es que estos enfoques anularan otros argumentos que confluían para explicar las razones de las huelgas, pero estos dos momentos de las luchas obreras muestran el predominio de ciertas interpretaciones que circulaban en la prensa nacionalista. Dejaremos de lado, por ejemplo, el conflicto de los trabajadores ferroviarios que presentará la posibilidad de vincular las demandas salariales de los trabajadores con las extraordinarias ganancias de las empresas extranjeras, incorporando la retórica antiimperialista a la cuestión social. En ambos conflictos intervienen sindicatos comunistas, con lo cual las expresiones negativas del nacionalismo son previsibles; sin embargo aparecerán matices que, junto al apoyo más decidido de la prensa nacionalista en otros conflictos, sugieren una transformación del discurso sobre los problemas en el mundo del trabajo.

En 1935 comienza a vislumbrarse una particular coyuntura que de alguna manera desata el proceso que estamos analizando en este trabajo. El “asalto” de la dirección de la CGT por parte de dirigentes socialistas y comunistas no solo implicaba un avance de la izquierda en el control del movimiento obrero sino que también evidenciaba los resultados exitosos de la conformación de los Frentes Populares que “amenazaban” extenderse a otras esferas, además de la del mundo del trabajo. Otro hecho vino a reforzar este avance: la gran huelga de la construcción que duró varios meses y en la cual los nacionalistas veían el preludio de la revolución social. Antes de la gran huelga, otras medidas fueron especialmente seguidas en las crónicas periódicas de 1935 en Buenos Aires: la huelga de colectiveros y taxistas (septiembre), la de obreros panaderos (agosto-septiembre), la de la industria textil (agosto). Con diferentes argumentos *Crisol* mantendrá un discurso abiertamente contrario a las protestas: los conductores no eran considerados trabajadores con capacidad de reclamar derechos porque “un chofer de colectivo o de taxi es un burgués un tanto descontento y mal hablado, pero un burgués al fin (*Crisol*, 1935: 29-09: 02)”; el conflicto con los panaderos no respondía a la exigencia de derechos laborales sino a un conflicto entre los panaderos adheridos a la Bolsa de Trabajo y los trabajadores libres (*Crisol*, 1935: 27-10: 01), mientras que el conflicto en la industria de la seda, igual que en el caso anterior, estaba atravesado por causas ajenas a las necesidades del obrero (*Crisol*, 1935: 13-08: 04). En el trasfondo del discurso existe el problema de la determinación de cual se consideraba el umbral de las necesidades de los trabajadores,

pero la urgencia de la cuestión política dejaba poco espacio para este tipo de reflexiones que no estarán totalmente ausentes de las ideas que, nacionalistas y católicos sociales, propondrán como modelo antiliberal para resolver la cuestión social en los años treinta.

La gran huelga de la construcción en octubre de 1935 fue conducida por dirigentes comunistas y duró más de noventa días; los huelguistas recibieron una amplia solidaridad: la CGT realizó una huelga general que definió la satisfacción de las demandas obreras. Allí se conformó la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), uno de los sindicatos más importantes del país. Estos hechos propiciaron el despliegue en la prensa nacionalista de versiones que incluían una insistente visión de la existencia de un plan organizado, o “complot”, de revolución social que abarcaba otros países de Latinoamérica. La huelga de los ferroviarios en Chile, las acciones del movimiento obrero en Brasil sumaban elementos para configurar y dar consistencia a la idea de una marea revolucionaria dispuesta a tomar los países de América de acuerdo a las directivas de Moscú. Las modalidades de la organización de la huelga y las acciones previas en distintos barrios obreros de la ciudad “indican que el paro debía asumir, en el plan trazado, caracteres violentos por las actitudes adoptadas por algunos exaltados (*Crisol*, 1936: 05-01: 01)”. Enrique Osés calificaba a la huelga como “un ensayo general de la subversión comunista, de un episodio de esa gimnasia revolucionaria preconizada por Trotzki”, las características son la preparación silenciosa, la utilización de un sector obrero en lucha por sus derechos, la movilización de elementos de enlace (mensajeros, postas, motocic-

tas, etc.), agresiones en distintos barrios, control de los vitales medios de transporte, desaparición de los “cabecillas mayores”, ataque a los servidores del orden. Sin embargo, la legitimidad de los reclamos no es discutida:

Hablábamos de una causa justa, de la causa justificativa de una huelga. Ella existe, en el caso presente. Los obreros de la construcción hace dos meses y medio que están parados. Reivindicamos decimos, su derecho a vivir. Y un obrero, solo, sin familia, sin hijos, que en este país gana 2.50 pesos diarios, no tiene para vivir siquiera como los perros.” (*Crisol*, 1936: 09-01: 01).

Los futuros conflictos en el sector de la Construcción mostrarán posiciones diversas, en los dos periódicos tomados como referencia. Por ejemplo, al año siguiente de la gran huelga hubo otra por demandas salariales. La posición de *Bandera Argentina* será abiertamente contraria, ya que la huelga puede resultar lesiva para el “auspicioso repunte de la economía nacional (*Bandera Argentina*, 1937: 15-09: 01)”. En su óptica, la huelga era peligrosa para la paz social y remitía a los acontecimientos del año anterior, de manera que las alianzas expresadas en la teoría del complot seguían vigentes e, incluso, ahora el radicalismo formaba parte de ese complot en el marco de la conformación del Frente Popular. Desde sus páginas decían: “No hemos olvidado todavía las tumultuosas jornadas que la anterior huelga de albañiles suscitó los primeros días de enero de 1936”. Por estos antecedentes se cree que la huelga es el producto de un largo trabajo de agitación gremial al que se vieron arrastrados los auténticos obreros de la construcción. (*Bandera Argentina*, 1937: 17-10: 01).



Una multitud rodeando los restos del tranvía destruido por el fuego durante la huelga del 7 de enero de 1936.
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 22210.



En la entrada de la Comisaría 33º, huelguistas detenidos subiendo al camión policial en la huelga del 7 de enero de 1936.
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 22229.

La lucha obrera se mantuvo durante varios días; intervino la policía que detuvo a varios obreros, de los cuales cinco de ellos fueron deportados a sus países de origen. En las crónicas y notas de opinión *Crisol* realiza una defensa de la lucha obrera por ser “justa y legal” e, incluso, se opone a la medida de deportación de los trabajadores comunistas, la cual no podía “ser más antipática ni más inoportuna”. No es que se planteara la “inocencia” de los obreros, para el nacionalismo seguían siendo agitadores sociales experimentados, pero pensaban que la medida de deportarlos no había sido aplicada en un momento justo. En todo caso, estos trabajadores “debieron haber sido objeto de la aplicación de la ley 4.144 cuando constituían un peligro social y no ahora, que, por el momento está muy lejos de ello (*Crisol*, 1937: 31-10: 01)”. Mientras *Bandera Argentina* se mostraba de acuerdo con la deportación, *Crisol* argumentaba que la existencia de “agitadores sociales” dentro de los sindicatos no se arregla con la deportación sino con una nueva sindicación nacional y corporativa: “Toda la sindicación obrera del país está organizada sobre la base de la lucha de clases, y eso solo por la obra de una nueva sindicación nacional y corporativa es posible eliminar por completo, pues jamás se insistirá demasiado en el incontrovertible principio de que el orden social no es cuestión de policía” (*Crisol*, 1937: 27-11: 01). Este discurso coincide con el momento de surgimiento y proliferación de agrupaciones obreras nacionalistas y la creación de la Alianza de la Juventud Nacionalista que es la entidad más importante del período en términos cuantitativos y geográficos, ya que logra extender sus filiales por todo el país. Estas agrupaciones pretendían captar no solo a los trabajadores independientes sino también a los obreros de izquierda que podían haberse visto compeli-

dos por circunstancias de extrema necesidad a adherir a la propuesta de revolución social. El argumento de la insuficiencia de la opción represiva para erradicar el comunismo iba de la mano de la construcción de una alternativa para los sectores populares que fuera tan motivador como el discurso comunista, de manera que “es necesario presentar en su reemplazo otro programa que sea también una esperanza de redención para las masas oprimidas (*Crisol*, 1937: 27-10: 01)”. Benito Andrade Agulleiro admitirá que los trabajadores nacionalistas eran los primeros en pronunciarse en contra de toda huelga, “por entender que el trabajo en sí no es patrimonio exclusivo de unos cuantos; sino colectivamente de todo el pueblo, perjudicándose entonces toda la población en general cuando se inicia una lucha”. Sin embargo, bajo las condiciones de un régimen liberal, ante la ineficacia de las leyes obreras, y la explotación desmedida e injusta, no puede concebirse que los obreros “agachen el lomo y sigan permitiendo que se les explote miserablemente (*Crisol*, 1941: 30-01: 04).

Los conflictos que se daban en la rama de textiles eran muy importantes para la prensa nacionalista, por varios motivos. En principio se trataba de una actividad que agrupaba a un gran número de trabajadores inmigrantes. En 1935, de los 36.650 obreros textiles de la Capital Federal, el 40% había nacido en el exterior, y la proporción subía al 58% si se tomaba solo a los hombres. La mano de obra en su gran mayoría era poco calificada, formada por mujeres y jóvenes en una proporción de más de dos tercios (Di Tella, 2003). A su vez, existían muchos obreros y, aún más, empresarios pertenecientes a la comunidad judía, por lo cual muchas veces los conflictos eran utilizados como salvoconductos para expresar el antisemitismo. En la Unión Obrera Textil (UOT),

convivieron socialistas y comunistas hasta 1941. Con el golpe de 1943 los segundos tuvieron muchos problemas para sobrevivir en el contexto represivo: la UOT socialista se incorpora en 1943 a la CGT N° 1, de Domenech, mientras que la UOT comunista fue desde 1943 hasta 1945 clausurada, su periódico dejó de aparecer y muchos de sus militantes fueron apresados en la Patagonia. También existían otros gremios, menos numerosos, de tendencias conservadora, católica y antizquierdista, como las organizaciones de costureras católicas La Aguja y el Sindicato de Costureras; el Consejo del Trabajo de Ducilo “entidad claramente amarilla”; y la Agrupación de Obreros Textiles adherida a una Junta de Coordinación contra el Comunismo (Di Tella, 2003: 278). Es interesante el caso de un conflicto en 1936 de una huelga contra Grafa (hilería y tejeduría de algodón propiedad del conglomerado nacional Bunge y Born, ubicada en el barrio de Villa Pueyrredón, contaba con unos 3.000 obreros y unos 200 empleados) y Establecimientos Americanos Graty (antigua tejeduría ubicada en el barrio de Nueva Pompeya, con 800 obreros), porque allí prevaleció la opción represiva. La huelga, que duró cuatro meses, se concentró en Graty y contó con un fuerte apoyo del vecindario y alrededores. La empresa contrató rompehuelgas y para proteger sus instalaciones, tuvo colaboración de los bomberos y de escuadrones de derecha (de la Liga Patriótica y otros grupos más recientes), que transformaron el barrio en un campo de batalla. El episodio terminó con obreros detenidos, entre ellos mujeres y niños, además del desalojo de los conventillos que la empresa les asignaba a los trabajadores de la fábrica. La huelga había

sido impulsada por grupos de base que se oponían a la moderación de la conducción socialista (Di Tella, 2003: 283). *Crisol* decía que los empresarios textiles tenían a sus trabajadores bajo un régimen y un trato inhumano porque así se lo demandaban los “Protocolos de los sabios de Sión”. (*Crisol*, 1936: 27-05: 03). Proponía la eliminación de los judíos, argumentando que los miembros de esta comunidad no tenían una nacionalidad, por tanto un Estado podía tratarlos como “seres aparte” y suprimir las actividades de los capitales israelitas.

Tal es el principio jurídico, también, que puede utilizarse para una eliminación total y sistemática del judío del ámbito de la vida nacional del país. Pues repetimos que el nuestro no es un plan católico, sino un plan nacionalista de contraofensiva antisemita, cuya legitimidad en principio, lo repetimos, no hay consideración teológica ni sociológica ni biológica alguna que pueda invalidarla (*Crisol*, 1936: 07-08: 01).

El antisemitismo, en tanto trama de interpretación de los conflictos laborales, se expresa en aquellos casos en que los sindicatos comunistas lideraban la protesta o bien cuando se trata de gremios con trabajadores principalmente extranjeros de origen ruso, polaco, etcétera. Y viceversa: muchas de las campañas gráficas en defensa de los trabajadores se explicaban por la condición de extranjeros de los patrones, sobre todo si se trataba de judíos. Así, por ejemplo, en ocasión de una huelga llevada a cabo por la Federación Obrera Textil –que pedía la equiparación de los salarios de todos los obreros textiles, tomando como base el monto salarial de los trabajadores de la seda–, *Crisol* remarca que la industria textil

está “*acaparada y dirigida por judíos*”, lo cual “explica” la real causa del conflicto. Los judíos son explotadores y los agitadores también lo son, las agrupaciones izquierdistas también están copadas por “la raza maldecida”.

Judíos que explotan y judíos que hacen el clima a esa explotación son el verdadero enemigo del obrero. Pero esto es celosamente silenciado por las organizaciones que se abrogan su defensa. (...) Porque todas esas agrupaciones han sido copadas también por los judíos, que en la campaña electoral realizada por el socialismo obrero llegaron a formar más del setenta por ciento de sus oradores (*Crisol*, 1937: 09-10: 1).

De vez en cuando reaparecían versiones sobre el “complot” aplicadas al mundo del trabajo. Por ejemplo, en 1941 acusan a Dickman de defender a la firma Ezra Teubal, que entabla un conflicto con sus obreros en huelga, poniendo de manifiesto la relación de amistad que los une:

Todos estos hechos que vienen a justificar cuanto dijéramos respecto a la con-fabulación masónica mundialmente, tienen su origen en las reuniones de las logias que cotidianamente efectúan en los gethos, a fin de imponer por encima de todas las cosas las teorías de Israel cimentadas en el acaparamiento del oro, a fin de prevalecer por encima de quienes están educados en una religión cristiana y mantienen de acuerdo a ella un concepto ético en todos los actos de su vida (*Crisol*, 1941: 09-01: 4).

Las organizaciones obreras nacionalistas, por lo menos las más importantes, eran claramente

antisemitas, lo mismo que los periódicos que hemos tomado como referencia. La cuestión del antisemitismo en el mundo obrero, más allá de los horizontes nacionalistas, fue explorada por especialistas en la temática. Estos documentan un importante conflicto que comienza en 1938 y se extiende hasta el año siguiente, entre la Sociedad Comercial Israelita, por un lado, y la Federación de Empleados de Comercio junto a la Unión de Cortadores de Confec-ción y Anexos, por el otro. A partir del análisis de este caso, mientras Torcuato Di Tella llega a la conclusión de que “el antisemitismo ha-cía fácil impacto en la población local, de clase media o popular, e incluso en sectores de la di-rigencia sindical (Di Tella, 2003: 51)”;

Daniel Lvovich entiende que “en los ámbitos políticos y gremiales el antisemitismo no resultó un factor de importancia y no fructificó ninguna de las iniciativas desplegadas para incorporar la ‘cuestión judía’ a sus programas o actividades (Lvovich, 2003: 446-448)”. Dos años más tarde la Unión de Cortadores (que no era una entidad nacionalista) se ve envuelta, nuevamente, en otro caso de antisemitismo sindical contra el empresario del vestido Moisés Kleiman, proveniente de la ciudad de Rosario. *Crisol* publica el comunicado de la Unión en el cual se acusa a la firma de no cumplir los convenios, de pagar sueldos inferiores a los que pagan otras casas del ramo, y de maltratar a los empleados. Por estos motivos –dice el comunicado– se requirió “en más de una oportunidad, la intervención policial, por las incidencias que lógicamente tienen que producirse, donde existen judíos”. En el texto se establece la diferencia entre el comercio “sano” y las actividades de “aquellos que hacen de la mentira un culto y de la ficción una práctica, que desprecian nuestras tradicio-nes y costumbres (*Crisol*, 1941: 15-02: 04)”, aludiendo a la comunidad judía.

Consideraciones finales: nacionalismo y movimiento obrero

La relación del *nacionalismo obrerista* con otras tendencias del mundo obrero presenta matices. Con la izquierda obrera y sus dirigentes casi siempre se trata de una lucha encarnizada. A los dirigentes socialistas se les acusa de engañar a los obreros con promesas incumplidas y con la imposibilidad de lograr un derecho obrero eficaz en vez de legislar unas pocas disposiciones y leyes que nadie cumplía. El comunismo era directamente una peste que amenazaba con la revolución social, aunque por estos años también comienza a matizarse esta idea y algunos nacionalistas comienzan a entender que el comunismo era una “reacción” entendible frente al capitalismo. Con ciertos sectores se establecían relaciones de simpatía, por ejemplo con la Unión Obrera Marítima, las Vanguardias Obreras Católicas, etcétera. Ronald Dolkart destaca la influencia de las ideas nacionalistas en algunos sindicatos en la década del treinta:

Un grupo de trabajadores perteneciente al Sindicato Obrero de Diques y Dársenas del Puerto de Buenos Aires redactó su propio manifiesto, especificando que la influencia anarquista, socialista y comunista había llevado a los obreros a la cárcel, que la vida económica argentina estaba controlada por ‘enormes consorcios judíos’, y que todos los obreros debían reunirse el 1° de mayo (de 1933) para reafirmar los principios del Nacionalismo (Dolkart, 2001: 177).

Se partía de una definición valorativa general que permitía dividir el mundo obrero en

dos partes. Por un lado, los ‘auténticos obreros’, que podían ser nacionalistas o no, pero se trataba siempre de obreros argentinos que luchaban por su bienestar en forma despolitizada. Dicho de otra manera, reclaman mejoras básicas –en el salario o en las condiciones de trabajo– sin encontrarse bajo la dirección de ningún partido político o sindicato de izquierda. Así, la Unión Obrera Marítima está constituida por “argentinos, conocedores por lo tanto de las imperiosas necesidades de nuestra patria, ajenos además a todo lema político, cosa por demás halagüeña en los actuales momentos en que le toca vivir al país (*Crisol*, 1941: 28-03: 04). Por el otro lado, en esta visión estaba el sindicalismo de izquierda que se dedicaba a politizar las demandas estrictamente laborales. Si bien es muy difícil establecer la importancia que el movimiento obrero le otorgaba a la prensa y a las agrupaciones obreras nacionalistas, hay que decir –en principio– que por lo menos no eran ignoradas. *Crisol* sostiene en 1936 una polémica con el diario sindical *El Andamio* respecto a la gran huelga iniciada por la dirigencia comunista en el ramo de la construcción. Asimismo, en 1942 las páginas de la publicación sindical *El Obrero Municipal* informaban que durante una huelga metalúrgica la Alianza Juventud Nacionalista había hecho circular un panfleto en el cual se presentaban como “obreros nacionalistas” y decían participar de las aspiraciones de los obreros en lucha. *El Obrero Municipal* argumentaba que la Alianza ofrecería escasa resistencia contra los empresarios metalúrgicos que –según la perspectiva del diario– eran “nazis”, y que los nacionalistas pretendían engañar a los obreros. (*El Obrero Municipal*, 1942: 01-08: 01; *Crisol*, 1936: 03-06).

En cuanto a la recepción de las columnas gremiales, podemos extraer cartas de lectores que estarían indicando una lectura positiva de las mismas. Algunas denunciaban la “explotación” y los sueldos “mezquinos” a los que los lectores eran sometidos por sus empleadores judíos en la industria textil (*Crisol*, 1941: 08-11: 04; y 25-12: 04). Casi siempre las cartas de lectores se basaban en la experiencia propia por el simple hecho de comunicarla o para solicitar alguna intervención del cronista en el conflicto: un lector ferroviario comentaba su situación de trabajador cesante por haber participado de las medidas de fuerza tomadas por la Federación de Empleados y Obreros Ferroviarios, y en nombre de “los ferroviarios” solicita al director de *Crisol* que se ocupe de estos temas en sus “buenos comentarios” (*Crisol*, 1939: 09/08: 03). Las penurias de la clase trabajadora y la alimentación deficitaria eran de los temas desarrollados por los lectores que, según sus expresiones, se identificaban positivamente con el cronista.

Y es de suponer que los señores que desde los asientos que van a calentar en las Cámaras no retendrán que los trabajadores argentinos consumamos solo sopa y puchero. Hay otros gastos en la comida, en el desayuno y la cena. Hay que vestir a los hijos y a la pobre mujer nuestra que hace actos de heroísmo para parar la casa. Tenemos que vestirnos también nosotros, porque envueltos en lonas no podemos andar por las calles e ir al trabajo. Vaya usted, *amigo periodista*, sumando todo eso y verá que el hogar de un obrero de nueve personas, como el mío, necesita de una entrada mensual de ciento veinte

pesos para vivir un poco mejor que las bestias. ¿Y qué quiere que hagamos con los 45 pesos que sacamos mensualmente? (*Crisol*, 1940: 03-07: 04, las bastardillas son mías).

Si evitamos desconfiar de la veracidad de estas cartas de lectores, ya que no existe forma de poner a prueba su legitimidad, podemos inferir que al menos en alguna proporción los discursos nacionalistas a favor de las demandas obreras que circulaban en los periódicos podían provocar reacciones de empatía en el sector de los damnificados. Sin embargo, la retórica pro-obrera pudo muchas veces parecer forzada y ambigua: con el objetivo de captar a los sectores populares el nacionalismo radicalizó su discurso populista sin desprenderse de su concepción jerárquica de la sociedad, en el contexto de movilidad social que comenzaba a vivir la Argentina en los años treinta. Defendía las consignas de mejora salarial y de las condiciones de trabajo, pero condenaba las expresiones políticas de los trabajadores en un momento de explosión de la política de masas. Expresaba su antisemitismo y su anticosmopolitismo en un país conformado por un alto porcentaje de extranjeros que en su mayoría eran trabajadores. A su vez, también ofreció una posibilidad de construir una identidad obrera ligada a los ideales de la patria y la nación asumiendo la importancia del catolicismo para los sectores populares. La nueva concepción nacionalista sobre la cuestión social implicó un cambio en las estrategias de penetración en el mundo obrero. La valoración positiva de ciertas luchas reivindicativas (mejoras del salario y de las condiciones de trabajo) de la época, junto con la presencia en las calles y en los barrios obreros de Buenos Aires, le dio un nuevo cariz a este sector del espectro político.

Sobre todo, las movilizaciones del 1º de mayo instalaron de lleno al *nacionalismo obrerista* en la puja por la representación de las masas. En estos actos públicos los nacionalistas intentaban ganar a los sectores populares, presentando la construcción

de una identidad puramente nacional. Estas movilizaciones eran impulsadas y difundidas por los periódicos más importantes, que participaban activamente de las mismas formando columnas y popularizando consignas de justicia social. ~~~~~

NOTAS

1. Otras publicaciones de la colección en 1943 fueron: CONDE DE FOXÁ, A. (1943): *Madrid bajo la hoz y el martillo*, Buenos Aires: La Mazorca (colección Anticomunista); DOLL, R. (1943): *Itinerario de la Revolución Rusa*, Buenos Aires: La Mazorca; CORTÉS, J. R. (1943): *La rebelión comunista en el mundo*, Buenos Aires: La Mazorca.

BIBLIOGRAFÍA

AGULLEIRO, B. (1943): *Técnica de la infiltración comunista*, Buenos Aires: La Mazorca.

BARBERO, M. I. y DEVOTO, F. (1983): *Los Nacionalistas*, Buenos Aires: CEAL.

BUHRUCKER, C. (1987): *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.

DEVOTO, F. (2002): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI.

----- (2007): "Las raíces ideológicas de las derechas en Europa y Iberoamérica", en: *Estudios Sociales*, Año XVII, segundo semestre de 2007.

DI TELLA, T. (2003): *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Planeta.

DOLKART, R. (2001): "La derecha durante la Década Infame, 1930-1943", en: MC GEE DEUTSCH, S. y DOLKART, R. (comps.), *La derecha Argentina*, Buenos Aires: Ediciones B.

HOBSBAWM, E. (1987): *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona: Crítica.

KLEIN, M. (2001): "Argentine Nationalismo before Perón: The case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937-c.1943", en: *Bulletin of Latin American Research*, vol. 20.

LVOVICH, D. (2003): *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones B.

----- (2006): *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

NAVARRO GERASSI, M. (1968): *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.

MC GEE DEUTSCH, S. (2005) *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

ROCK, D. (1993): *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires: Ariel.

RUBINZAL, M. (2006): "Del elitismo al nacionalismo obrerista: la derecha argentina y la cuestión obrera en los años treinta", en: *Entrepasados*, n° 30, fines de 2006.

SPEKTOROWSKI, Alberto (1990): "Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera", en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol.2, N° 1.

SURIANO, Juan (comp.) (2001): *La cuestión social en Argentina (1870-1943)*, Buenos Aires: La Colmena.

